

# CONCILIUM

*Revista internacional  
de Teología*

S E P A R A T A

del n.º 207

Septiembre 1986

*E. Dussel:*

FLUJO Y REFLUJO DEL EVANGELIO.  
CUANDO EVANGELIZADOS  
SE TORNAN EVANGELIZADORES

## FLUJO Y REFLUJO DEL EVANGELIO

### *Cuando los evangelizados se tornan evangelizadores*

Se me ha pedido una reflexión, desde el punto de vista misionero, sobre el desafío que lanzan a las iglesias ricas las pobres. Es un tema de la «teología de la misión» que sólo deseamos sugerir, comenzar, indicar.

En la historia de la teología de la misión<sup>1</sup> se ha pasado por diferentes momentos en tiempos recientes. Las iglesias descubrieron que la misión tocaba a la esencia misma de la *ecclesia*, que el ir *ad gentes* estaba fundado en el mandato originario de la comunidad: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (Mt 28,19)<sup>2</sup>. De un «centro» espiritual parte el evangelio para la «periferia» (le llamaremos el «flujo» del mensaje, el «ir-hacia» los paganos). En un segundo momento, hay como un «reflujo» del evangelio; los evangelizados se tornan evangelizadores y las iglesias «madres» del centro reciben el desafío misionero de las «nuevas» iglesias periféricas. Este «reflujo» no es el primero en la historia, pero adquiere hoy características especiales que deseamos reflexionar.

#### I. «FLUJO» DEL EVANGELIO HACIA LA PERIFERIA

Es evidente que el evangelio partió de Israel, de Jerusalén, en Pentecostés, cuando Pedro tomó la palabra y comenzó la conversión de los peregrinos en la ciudad santa: «Judíos y vecinos todos de Jerusalén»

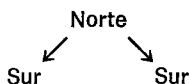
<sup>1</sup> Cf. Orlando Costas, *Christ outside the gate: mission beyond Christendom* (Nueva York 1982) bibliografía pp. 195-227; D. S. Amalorpavadass, *Approach, meaning and horizon of evangelization* (Bangalore 1973); *The theology of the christian mission*, ed. G. Anderson (Nueva York 1961); J. H. Bavinck, *An Introduction to the Science of Missions* (Filadelfia 1960); Aylward Shorter, *Theology of Mission* (Indiana 1972); Oliver Barres, *World Mission Windows* (Nueva York 1963); Choan-Sen Song, *Christian Mission in reconstruction: An Asian analysis* (Nueva York 1977); Leslie Newbiggin, *The open secret* (Grand Rapids 1978).

<sup>2</sup> Cf. Donald Senior/Carroll Stuhlmüller, *The biblical foundations for mission* (Nueva York 1983); John Power, *Mission theology today* (Nueva York 1971); Charles Couturier, *The mission of the Church* (Baltimore 1959).

(*Praxeis*<sup>3</sup> 2,14), allí nace la «comunidad utópica» (2,42-47; 4,32-35), de allí parte Felipe (8,4ss), allí comienza sus trabajos Pedro (10,1ss), y por la «persecución» —y no por una secretaría o congregación— se expandió el evangelio entre los paganos (11,19). Pablo es también un enviado como «celebrante del mesías Jesús *para con los paganos*» (Rom 15,16). Este movimiento «centrípeto» se expresa bien en aquello de que «la salvación viene de los judíos» (Jn 4,22).

Del mismo modo, de manera no muy conocida, entre los siglos iv y v, el evangelio llegó a Irlanda de mano de los monjes, que organizaron en la «isla de los santos» una cristiandad floreciente y periférica a la continental.

Desde el siglo xv, la cristiandad latino-germánica, europea occidental, gracias a Portugal y España primero<sup>4</sup> y después por medio de Holanda, Francia e Inglaterra para culminar con Estados Unidos, se lanzaron a la evangelización del tercer mundo. Fue nuevamente un movimiento centrípeto, ahora del norte hacia el sur:



Estos cristianos iban influidos por una conciencia cierta de su «superioridad civilizadora» con respecto a los otros pueblos. Cuando David Livingstone (*Missionary Travels and Researches*, Londres 1857), con sus ojos «misioneros», abrió el horizonte de África a la codicia de las compañías de explotación de recursos de los países pobres, todo el mundo cayó bajo la rapiña de Europa y Estados Unidos. Éstos, por su parte, confundían ser cristianos con ser desarrollados y tecnológicamente superiores. Tomemos un ejemplo del I Congreso Católico de Misiones de Estados Unidos: «I am convinced as a man who has been privileged to visit all the countries of Europe, many of Asia and Africa and the entire Orient, that there is no such Catholicity like our, the most generous, the most charitable, the most whole souled on the face of

<sup>3</sup> En griego, el libro de las *Actas* o *Hechos de los Apóstoles* tiene por título «*Praxeis* de los Apóstoles». Deseamos citarlo de esta manera, propia, adecuada.

<sup>4</sup> Cf. mi artículo *Expansión de la cristiandad, su crisis y el momento presente*: «*Concilium*» 164 (abril 1981) 80-89. Véase Working Commission on Church History (EATWOT), *Towards a History of the Church in the Third World*, ed. L. Vischer (Berna 1985); íd., *Asia and Christianity*, ed. M. D. David (Bombay 1985).

the earth. In other words, they are in reality ideal catholics here, and I cannot believe that when American Catholics learn of the great needs of our Holy Mather Church in our far-distant possessions (!), they will turn a deaf ear to their needs and their necessities»<sup>5</sup>.

Es demasiado conocido el espíritu de «superioridad» espiritual con el que iban investidos los misioneros de todas las iglesias al tercer mundo, donde se confundía, en el ideal de la «cristiandad» (tanto católicas latinas como germanas, tanto protestantes históricas como de las sectas recientes), el evangelio con la propia cultura.

## II. «REFLUJO» DEL EVANGELIO HACIA EL CENTRO

Como las aguas del mar «fluyen» sobre las costas y «refluyen» hacia el seno de las aguas, de la misma manera el evangelio «refluye» hacia el centro evangelizadamente. Hay como movimientos secundarios que no tocan el centro de la Iglesia. Así, por ejemplo, se habla de la «reverse mission» o de la acción evangelizadora que los misioneros en el tercer mundo pueden realizar en sus iglesias madres. Por tanto, un misionero norteamericano en África puede explicar a sus allegados, amigos o vecinos, la acción realizada en los «países de misión». De manera análoga a como en la Iglesia primitiva las iglesias de la diáspora hicieron una colecta para los «santos» de Jerusalén, y de este modo agradecieron en parte el don del evangelio (2 Cor 8-9). Pero no se trata de esto. Es algo más esencial y profundo.

Si es verdad que de Israel vino el evangelio, Israel dejó lugar, sin embargo, a los gentiles: «Ellos descienden de Israel, fueron adoptados como hijos, tienen la presencia de Dios, la alianza... No es que Dios haya faltado a su palabra, es que no todos los descendientes de Israel son *pueblo de Israel*» (Rom 9,4-6). «Llamaré *pueblo mío* al que no es mi pueblo, a la no amada la llamaré amada mía y en el mismo sitio donde les dijeron "no son mi pueblo" los llamarán "hijos de Dios"» (Os 1,10, que Pablo cita).

La tragedia del «rechazo de Israel» tiene su lógica. El Mesías fue

<sup>5</sup> Sermón del reverendo Joseph Carey, «The Philippines», en *The First American Catholic Missionary Congress* (Chicago 1909) 285. El Congreso se realizó del 15 al 18 de noviembre de 1908. Véase para la tradición protestante Charles Forman, *A history of Foreign Mission theory in America*, en *American Missions in Bicentennial, Perspective* (South Pasadena 1977) 69-140 (bibliografía pp. 115-140). Cf. Charles Chanoy, *The Birth of Missions in America* (South Pasadena 1976).

consagrado «para evangelizar a los pobres» (Is 61,1; Lc 4,18, como nos agradaba leer con Paul Gauthier en Nazaret en 1959). Los «pobres son evangelizados» (Lc 7,22), y Jesús agrega: «Y dichoso el que no se escandalice de mí». ¿Por qué? Porque desde el momento en que los pobres son evangelizados el «centro» se descentra y el «poder» del evangelio se ejerce no ya desde «los palacios» —aunque sean de Jerusalén o Roma—, sino desde el «desierto» y sus «profetas».

Y lo cierto es que la comunidad de Jerusalén comenzó a recibir el desafío de las comunidades de la diáspora y a aprender de ellas la universalidad de la salvación, la superación del nacionalismo estrecho de Jerusalén, el hecho de un evangelio para todas las naciones y no sólo para los judíos: «Y ya no hay distinción entre judío y griego, porque uno mismo es el Señor de todos, generoso con todos los que lo invocan» (Rom 10,12).

De la misma manera, la periférica Irlanda se transforma en el nuevo centro misionero, que como reflujo centrífugo vuelve al «continente» al que debe la fe, para evangelizarla. Como Columba en el siglo v, ahora Winfrid (675-755) evangeliza a los teutones bajo el nombre de Bonifacio. Es como un movimiento de «reflujo» del evangelio: de los paganos sobre Israel, de Irlanda sobre el continente. De la misma manera comenzamos a observar este hecho en el presente.

Después de cinco siglos de evangelización de la periferia, esta periferia del tercer mundo, los pobres, parecieran comenzar a «refluir» sobre sus iglesias madres para recordales la *esencia* del evangelio, un tanto olvidado en el triunfalismo, la riqueza, el orgullo de ser los primeros, los más antiguos, los más sabios, los más «puntuales», los más disciplinados, los más ordenados, los más limpios, los más civilizados...

Desde Rusia y Polonia hasta Europa y los Estados Unidos, católicos y protestantes comienzan a ser «desafiados» por sus hermanos del sur, las «pobres» iglesias de América Latina, África y Asia. Este «reflujo» no es fácil. Hay resistencias, cerrar oídos, defensas o, al fin, «control» del mensaje cuando ha quedado alguna ventana abierta. Esta secreta, oculta, no claramente expresada oposición a los «pobres» —desde Roma a Constantinopla o Moscú, pasando por París a Nueva York—, es un cierto temor a perder poder: es un miedo a la universalidad, de nuevo, como el que tuvieron los judaizantes de Jerusalén ante los paganos evangelizados por Pablo. Pero este «reflujo» del evangelio será incontenible, porque los «pobres» viven el evangelio de una manera esencial, como «natural» (como lo que va «de sí», evidentemente, sin esfuerzo). El evangelio es de ellos, es su propiedad. Las esperanzas del reino son las esperanzas de los pobres de comer, vestir, tener una casa, salud, seguridad, justicia..., «su» Dios, ya que son «su pueblo». Ahora los

santos del centro, cuando quieren serlo, deben solidarizarse con los pobres de África, de Asia, de América Latina, o con los «negros» (afroamericanos), o los «chicanos» (latinoamericanos) en Estados Unidos, o los trabajadores extranjeros (de las naciones pobres del sur de Europa o del norte de África) en Europa. Los pobres, sujetos del reino y objeto del evangelio, son la referencia necesaria para ser *auténticamente* cristianos. Y cuando esos pobres son cristianos comienza el indicado «reflujo».

Un hecho puramente *numérico* es anotado por Th. Stransky cuando dice que «by the year 2000 from 55 or 60 percent of all christians (70 percent of all catholics) will be living outside North America and Europe»<sup>6</sup>, pero la cuestión es *cualitativa*, como veremos. Eso llevó a que Pius Wakatama propusiera una moratoria<sup>7</sup>, que al comienzo sólo era una restricción: «... rather, national leaders should be given responsibility and only a select number of *key* missionaries should be allowed to stay in direct teaching positions»<sup>8</sup>.

Pero el hecho es mucho más que numérico. En Asia, el cristianismo enseña, como en la Iglesia primitiva, cómo ser cristiano en medio de un mayoritario mundo no cristiano de altas religiones (musulmana, hindú, budista). En África, los cristianos enseñan cómo tomar litúrgicamente en cuenta las altas culturas no cristianas para redefinir (reinventar) la celebración cristiana. En América Latina, los cristianos enseñan cómo debe optarse por los pobres en medio de la lucha económica política por la liberación. Todas ellas son iglesias locales «nuevas» (con excepción del norte de África o Etiopía y Kerala en India), pobres, necesitadas..., pero llenas de la fuerza renovada del Espíritu. Lo que aprendieron con el evangelio —a través del escándalo de la expansión de la cristiandad europeo-anglosajona, como por un milagro de Dios con sus pobres— del *Cristo pobre y crucificado* (que se oponía a los cristianos europeo-norteamericanos *ricos y triunfantemente* civilizados) lo viven ahora de manera paradigmática y testimonian ahora al «centro» esa forma de vivir su cristianismo. El martirio de monseñor Óscar Romero

<sup>6</sup> En *Ecumenism from 1960 into the 1980s*, en *Witnessing to the Kingdom, Melbourne and Beyond* (Nueva York 1982) 68.

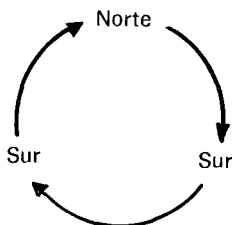
<sup>7</sup> *Independence for the Third World Church. An African Perspective on Missionary Work* (Nueva York 1978).

<sup>8</sup> *Ibid.*, 112. Dice todavía: «I question the sincerity of the sincerity of those who have no concern at all for the salvation of pagan American blacks, chicanos, white, indians and others, but will cross oceans to reach and love these same people in other parts of the world» (p. 21). Es necesario enviar misioneros sólo «to come but for teachers at highlevels» (p. 112). Véase 2 Tim 2,2.

en El Salvador, la pobreza heroica de un monseñor Pedro Casaldáliga en Brasil, el ejemplo del obispo Tutu en Sudáfrica, de los «fishermen» en Kerala o los cristianos en Filipinas son hoy hechos evangelizadores «universales» de una fuerza «espiritual» innegables, paradigmáticos, misioneros en el mundo del cristianismo «central».

### III. «SOLIDARIDAD», NOMBRE ACTUAL DE LA CATOLICIDAD Y LA MISION

La actual etapa misionera del cristianismo cambia de sentido. Es el fin de la «era de las misiones» y es el comienzo de la «solidaridad» (*koinonia*; 2 Cor 9,13) entre las iglesias «locales». El movimiento centrípeto (norte → sur) se transforma en un círculo: circula la vida cristiana. Ahora Roma aprende de América Latina, Ginebra de África, Nueva York de Filipinas o China. Es la hora de una nueva universalidad.



La «circulación» del Espíritu no es sólo del sur hacia el norte, y viceversa. Es igualmente del sur hacia el sur. En América Latina, en 1984, el Departamento de Misiones del CELAM, entre otros, impulsado por la labor misionera de Marins y su equipo, que fundan por todo el mundo comunidades de base (recuerdo en 1981 cuando nos encontramos en el aeropuerto de Tokio por pura casualidad; yo venía de Filipinas y él iba hacia India..., y hablamos toda la noche sobre las «misiones» del sur-sur y nuestra mutua responsabilidad), han dado a conocer un documento: *Ha llegado la hora*, «la hora» de que la Iglesia latinoamericana (africana y asiática) afirmé su deber misionero con respecto a los otros continentes del tercer mundo (sur → sur) y, ¿por qué no?, con respecto a las iglesias «madres» (sur → norte).

La «solidaridad» cristiana es la corresponsabilidad que los cristianos ejercen con respecto a las otras iglesias «locales» (y las mismas iglesias

de Roma o de Ginebra son iglesias «locales» en la unidad del mismo Espíritu). Corresponsabilidad en la vida litúrgica, económica, eclesial en general. Corresponsabilidad «circular» de todos con todos<sup>9</sup>. Se pasa así de un modelo de *uniformidad dominadora* (catolicidad burocrática) al modelo de la pluriformidad de la época del Concilio Vaticano II, y de ahí a un modelo *auténticamente solidario*, donde el pluralismo de la coexistencia indiferente queda asumido en la *unidad corresponsable de la solidaridad universal* de una Iglesia que es *una* no por el imperio de una obediencia *extrínseca* y autoritaria (unidad *impuesta*), sino por la orgánica estructuración de la mutua responsabilidad solidaria (unidad desde el *interior de la vida* del Espíritu de Jesús y del Padre): «comunidad (*koinonía*)».

En ese caso, las iglesias del «centro» *se abren* al testimonio de las iglesias pobres de la «periferia». No desean *controlar* su testimonio (como en el caso de una organización misionera que no puede publicar ciertas obras venidas de la periferia porque son demasiado avanzadas o de doctrina no «segura», etc., es decir, *se controla* la palabra *de protesta* y *crítica* del pobre). En este nivel se debe interpretar la reciente confrontación entre la Congregación de la Doctrina de la Fe y la teología de la liberación venida de la periferia. El «centro» se protege temerosamente de lo que los pobres de la periferia están realizando (y en este sentido la bella y antigua Iglesia eslava de Polonia es igualmente «centro»). Se siente agredido, humillado, exigido a cambiar..., y resiste. No advierte, sin embargo, que el cristianismo del «centro» es producto de una ambigua identificación con la cultura mediterránea y europea, identificación posterior con el sistema capitalista. Ambas identificaciones son hoy «prisiones», corsés que la Iglesia debe destruir para abrirse a una mayor universalidad (más allá de la cultura occidental y del capitalismo como un sistema necesariamente histórico).

Es en esta etapa de conversión para ir más allá (la esencial trascendencia del evangelio) de ambos límites, muros (Ef 2,14-15), que los pobres evangelizados desde el siglo xv se transforman al final del siglo xx en evangelizadores, «vosotros, los que antes estabais lejos, estáis (ahora) cerca por la sangre del Mesías, porque él es nuestra paz» (Ef 2,13).

<sup>9</sup> Cf. Jon Sobrino/J. Hernández Pico, *Theology of Christian Solidarity* (Nueva York 1985).



#### IV. LA «IGLESIA DE LOS POBRES» PROFETICO-EVANGELIZADORA

La Conferencia de Melbourne (1980) comienza con una opción: «Good news to the poor» (sección I)<sup>10</sup>. Recuerdo cuando en el primer encuentro preparatorio nos tocó defender la tesis *The Kingdom of God and the poor*<sup>11</sup>: «God identified with the poor and oppressed by sending his Son Jesus to live and serve as a Galilean speaking directly to the common people»<sup>12</sup>.

Recuerdo también en Nazaret, donde trabajaba de carpintero desde 1959 a 1961, que un día llegó Willy Graham a predicar en inglés a los pobres trabajadores árabe-cristianos de la aldea del propio Jesús. ¡Cuál no sería mi sorpresa cuando vi la manera en la que aquel «misionero» occidental predicaba el evangelio a aquellos hombres y mujeres! Con qué seguridad, orgullo, altanería... ese extranjero y rico hablaba del evangelio a aquellos pobres hombres y mujeres de la misma «patria» de Jesús. ¿No debió más bien el predicador fundamentalista arrodillarse en esa tierra y pedir a aquellos *pobres* que le predicaran a él el evangelio? Para mí, que trabajaba diez horas por día junto a ellos y que no había abierto mi boca porque aprendía el hebreo vivo y no podía hablar el árabe, me pareció el prototipo de las *misiones* del occidente cristiano: agresiva dominación sobre otros hombres.

Es por ello que en Melbourne se reconoce que «the concept of mission being from *sending* to *receiving* countries has long been replaced by a mutuality in shared missions involving a two-way flow between the churches in the industrialized countries and the so-called Third World» (IV, 23)<sup>13</sup>. Pero es más, y como hemos dicho, la «solidaridad» (corresponsabilidad o «mutualidad» [*mutuality*, en inglés]) se ejerce privilegiadamente desde un «foco», desde un «núcleo», desde una «comunidad» en donde el evangelio fluye de manera más clara, más profética, más profunda, más espiritual. Ese «lugar» evangelizador por excelencia es la «iglesia de los pobres» o *la parte* de las iglesias que está implantada entre los «objetivamente» pobres: entre las naciones pobres,

<sup>10</sup> *Witnessing to the Kingdom*, 105ss.

<sup>11</sup> Cf. «International Review of Mission» (Ginebra 1980) 115-130. Recuerdo que mi hombre fue objetado por la Congregación romana responsable del ecumenismo por nuestro compromiso en referencia a la Conferencia de Puebla. Debimos defender al «pobre» aun contra la posición de algunos en nuestra madre Iglesia.

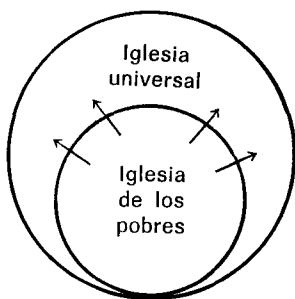
<sup>12</sup> *Witnessing...*, sec. I, 1, 105-106.

<sup>13</sup> *Ibid.*, 164.

las clases pobres; entre los marginados de las ciudades, las minorías, las tribus y etnias, los «condenados de la tierra», como diría Franz Fanon <sup>14</sup>.

Cuando una «comunidad eclesial de base» —por ejemplo, en Riobamba, donde hasta hace poco era obispo monseñor Proaño— se reúne; cuando *esas manos pobres*, lastimadas por el trabajo pesado y cotidiano, heridas por el frío de los Andes, envejecidas precozmente por la explotación..., *toman la Biblia*; cuando esos ojos enceguecidos por la desnutrición, la enfermedad..., *leen la Biblia*; cuando esas bocas cuyos labios están partidos por la sequedad, los golpes de los «patrones», la precariedad de sus ranchos..., *se abren para explicar el evangelio*; cuando esos hombres y mujeres, jóvenes y niños constituyen una *comunidad*, todos en común, poniendo lo propio a disposición, rompiendo el pan eucarístico en sus mesas donde amasan su pan y preparan su frijol como miserable comida o donde da a luz la madre a sus hijos..., ¿quién podría comparárseles? ¿Acaso la gran basílica de San Pedro es lugar más sublime que la pobre casita de ese indígena andino? <sup>15</sup>.

Esta «iglesia de los pobres», parte integrante de la única Iglesia, pero su «parte» más incontaminada, más profética, más martirial, es la



que hoy se torna proféticamente misionera y esperanzadamente evangelizadora. Ella es la que puede convertir, la que puede mover el corazón

<sup>14</sup> Cf. mi artículo «*Populus Dei* in populo pauperum. Del Vaticano II a Medellín y Puebla: «Concilium» 196 (1984) 371-382.

<sup>15</sup> Cuando he estado en Roma, he bajado siempre a la catacumba de san Pedro (que está debajo de la gran basílica) y he recordado en la oración una pequeña iglesita que en el lago Tiberiades, junto a Cafarnaún y al monte de las Bienaventuranzas (durante mi estancia de pescador en el *kibutz* Guinosar), tiene por nombre «Iglesia de San Pedro», con no mayor extensión de siete metros. En aquella iglesita creo que Pedro se sentiría junto a su pobre pueblo de pescadores como él.

de todos los jóvenes, los hombres y mujeres de buena voluntad, en el «centro» y la «periferia». Ahora los pobres evangelizados *se tornan evangelizadores*: «En los últimos días —dice Dios— derramaré mi Espíritu sobre toda carne. Profetizarán sus hijos e hijas, sus jóvenes tendrán visiones y sus ancianos soñarán sueños, y sobre mis siervos y siervas derramaré mi Espíritu...» (*Praxeis* 2,17-18).

Con razón, Gerald Anderson escribió que «the focus at Melbourne was on *the poor* in relation to the kingdom»<sup>16</sup>, y por ello se declaró en el mensaje final que el pobre significará «in many cases... a radical change in the institutional life of the missionary movement»<sup>17</sup>. Pero es más, esa presencia del pobre «como iglesia» en las Iglesias (católica, protestante, ortodoxa) desafía a un cambio no sólo de las instituciones misioneras, sino *de las mismas iglesias madres* en su propia vida en el «centro». Contra este cambio las iglesias del «centro» se defienden. Recuerdo la oposición de algunos miembros de la curia romana cuando se organizaron y se organizan los encuentros de los teólogos del tercer mundo. Una teología del tercer mundo, ¿cómo es posible? ¿No es la teología *una y universal*? Hay entonces oposición de que la voz del pobre llegue al «centro» y a las otras iglesias de la «periferia» pobre. Hay desconfianza, temor, duda... Pero en realidad se teme superar identificaciones que ligan a la Iglesia al pasado: a la cultura occidental, al capitalismo, al poder, a la dominación... Es un desafío de pobreza, simplicidad, esperanza. El «espíritu» de Juan XXIII, que había vivido su experiencia en Turquía de una «periferia» pobre y oprimida, nos enseña el saber aprender del otro, del pobre, de otras iglesias «locales».

Claro es que para que los «pobres *evangelicen*» es necesario que sean escuchados, sean tenidos como dignos portadores del evangelio, como sujetos del reino, como «Jesús mismo» en la historia entre nosotros. Pero para ello hay que dejar las «ventanas» abiertas. ¿Cómo podría el samaritano *ver* al pobre tirado y robado junto al camino si hay un «muro» que separa su camino del pobre? Es necesario derribar los muros, o al menos poner *ventanas*, para ver al pobre. Pero además es necesario humildad, pobreza, apertura..., posiciones espirituales muy difíciles en el mundo actual del «centro».

Movimientos como los de «sanctuary» en Estados Unidos, donde cristianos del «centro» se abren a los pobres que de la periferia han entrado a su propio país y a los que se recibe aunque se deba contrariar a las leyes vigentes contra los extranjeros (sobre todo si son pobres y vienen de países capitalistas y no sirven para la propaganda contra los

<sup>16</sup> Introducción a *Witnessing...*, 2.

<sup>17</sup> *Ibid.*

países socialistas), esos cristianos son evangelizados por los pobres y se tornan en medio de las iglesias del «centro» en una evangelizadora «iglesia de los pobres»<sup>18</sup>. Esas conversiones a la justicia son el fruto de la evangelización, de la misión de los pobres: ellos enseñan a vivir un evangelio más exigente, real, mundial, verdadero...

De esta manera, el «reflujo» del evangelio ha comenzado, sólo comenzado. En el próximo futuro, cuando la crisis aumente, cuando la explotación de los países pobres sea más inhumana, cuando la confrontación del capitalismo y socialismo se torne irreversible, las comunidades cristianas en medio de los pobres (países pobres, clases pobres, grupos y personas pobres) se tornarán más y más ejemplares, evangelizadoras. Ellas sufrirán en su carne la opresión de los pobres y las mismas torturas que sufrió Jesús. Evangelizarán.

E. DUSSEL

<sup>18</sup> Es de aplaudir la experiencia de la United Methodist Church, Board of Global Ministries en Estados Unidos, que ha instaurado un programa por el que los pastores de la periferia (América Latina, Asia, África) predicán a las comunidades en Estados Unidos de la vida de sus iglesias pobres (cf. *Like into a Mustard Seed. The struggle for community*, General Board of Global Ministries, UMCh, Cincinnati 1985). Pero será necesario ir todavía mucho más adelante.